

# 1

«¿Por qué tenía que morir el mismo día de su cumpleaños?», me pregunto, indignada con la vida.

Apenas tengo ropa de color negro para ponerme en esta mañana de sábado, fría y lluviosa. Rebusco desesperada entre las blusas una prenda adecuada del armario, en este doce de noviembre.

He encontrado algo entre las blusas. Percibo que debe ser un sobre, por el tacto. Estiro de él. Caen un par de blusas al suelo, y el resto del montón se desparraja encima de la balda del armario. Es un sobre cuadrado y bastante colorido. Poco a poco separo el celofán del sobre para poder ver qué se esconde en su interior. Hay una pequeña tarjeta. La abro y leo en voz alta:

*«Siempre supe que tu corazón nunca fue del todo mío,  
aun así, el simple hecho de pasar cada día a tu lado  
era para mí el regalo más preciado.*

*Tu marido y no tu único admirador,*

*Alberto».*

No entiendo...

Dejo el coloreado sobre y la tarjeta encima de la mesita de noche que usaba mi marido en su mismo lado de la cama. No me ha dado tiempo a hacerla, a pasar el trapo de polvo encima de las mesitas...

Aún no soy consciente de lo que está ocurriendo en mi vida.

Me pongo una blusa negra, un poco transparente, y me abrocho despacio los botones, desde el último hasta el primero, el que queda más cerca del cuello.

Voy al baño y me paso los dedos entre mi pelo teñido de rubio, evitando relucir las canas que me acompañan desde hace bastantes años.

Cojo el bolso que he dejado encima del mueble del recibidor y abro la cremallera. Saco un pintalabios permanente y me pinto los labios sin prisa, despacio.

Alberto siempre me decía que podía ser capaz de olvidarme de cualquier otra cosa, excepto de pasarme el pintalabios en mis finos labios cada día.

Y hoy, recordando sus palabras, repito el mismo ritual en su memoria.

Voy a la cocina, intentando no resbalar, con el tacto de las medias negras rozando el frío suelo de gres. Desenrosco la parte superior de la cafetera. Pongo agua en la parte inferior y el café molido en el colador. Vuelvo a enroscar las dos partes y las aprieto para asegurarme de que han quedado perfectamente cerradas. Coloco la

cafetera encima de la placa. Enciendo la placa posando mi dedo índice encima del botón. Espero a que hierva el agua y a que empiece a salir el café recién hecho. En pocos minutos, el ambiente de la casa se impregna del rico aroma del café. Cojo una pequeña taza de porcelana del armario de la cocina y me sirvo el café, largo y con dos cucharadas de azúcar. Remuevo con una cucharilla pequeña y la dejo encima del mármol de la cocina. Me voy a la terraza del salón y abro la ventana. Me asomo por ella y sujeto la taza con las dos manos mientras observo a la gente pasear por la acera. Las vecinas de los bloques de enfrente siguen haciendo su vida con total normalidad. Su mañana no ha sido modificada por un golpe tan fuerte y repentino como el mío.

Soy viuda, desde ayer.

«¡Viuda, qué palabra tan horrorosa!», me digo, haciendo una mueca de descontento mientras tomo a sorbos el caliente café.

Llaman al timbre del portero automático. Dejo la taza encima de una pequeña mesa que hay en la terraza, y camino sintiendo el frío suelo en la planta de mis pies hasta el telefonillo. Pregunto quién es.

—Ahora mismo voy —les contesto a mis amigos.

Voy a la habitación y cojo un abrigo, que me pongo momentos más tarde.

Abro un cajón de la cómoda y busco un pañuelo. Le doy un par de vueltas alrededor de mi cuello, y me

agacho a coger los zapatos de tacón negros que tengo debajo de la cama.

Antes de cerrar la puerta de la habitación, le doy un vistazo rápido. Está todo hecho un desastre: las puertas del armario están abiertas, algunas blusas en el suelo, otras desdobladas encima de la balda, la cama por hacer, la tarjeta con el sobre coloreado encima de la mesilla de noche, y la presencia de mi marido esfumada.

Llego a la puerta de entrada, la abro y la cierro tras de mí.

Aprieto el botón del ascensor y espero impaciente su llegada.

Sale una vecina de enfrente.

Se hace un silencio aterrador.

Querría haber evitado tener que vivir a toda costa este momento de encuentro con alguien conocido.

Espera unos segundos y justo cuando mi mano agarra el tirador del ascensor para abrir y entrar en él, pone su mano encima de la mía y me dice, con la voz rota por la noticia:

—Lo siento mucho, Maia.

No me atrevo a mirarla a los ojos, ni tan siquiera a su cara. Le hago un gesto con la cabeza y entro en el ascensor. Mi vecina entra conmigo, y la incomodidad nos acompaña hasta la planta baja del bloque.

Retumba el sonido de mis pasos con los zapatos de tacón por el pasillo de la entrada hasta la puerta

principal. Abro la puerta principal. Veo, con rostros serios y vestidos con formalidad, a nuestros dos amigos de la infancia: Amalia y Basil. Amalia se dirige hacia mí y me abraza fuerte. Dejo caer mi cabeza encima de su hombro, y lloro desconsoladamente. Pasados unos segundos, levanto la cabeza de su hombro, y le digo secándome las lágrimas con la mano:

—Seguro que se me ha corrido el rímel, debo de estar horrible. No quiero que Alberto me vea impresentable en su despedida.

Se quedan mudos, mirándome extrañados por las palabras absurdas que se me han escapado de mi boca sin pensar.

Andamos hasta cruzar la acera y nos subimos al taxi.

Una vez dentro y sentada en el asiento trasero junto a mi amiga de la infancia, me doy cuenta de mis palabras torpes.

«Alberto no me puede ver».

Es cuando caigo en la cuenta de que jamás me volverá a mirar con sus ojos marrones y su mirada profunda, esa mirada penetrante con la cual conseguía ponerme nerviosa y loca de amor.

Era un hombre bastante alto, de pelo castaño y ojos marrones. Tenía una buena presencia física. Sus gestos eran tranquilos, y su voz pausada al hablar me hipnotizaba, y me dejaba llevar por sus palabras, sus guiños, sus abrazos...

Basil habla con el conductor del taxi. Apenas atiendo a su conversación.

Me siento fuera de lugar.

Alberto ha descuadrado la rutina de las mañanas y del resto de mis días.

Miro por la ventana, y veo cómo las madres llevan a sus hijos al colegio, cómo algunas personas esperan en la acera su turno para cruzar la calle transitada, cómo los vehículos nos adelantan por ambas partes, cómo la lluvia golpea el cristal de la ventanilla...

Nunca caí en la cuenta de lo lejos que queda el cementerio del barrio desde nuestra casa.

Nos mudamos a esta gran ciudad hace muchos años. Ya formábamos parte de ella. A Alberto le ofrecieron ascender en su puesto de trabajo con este cambio de lugar de residencia. «Nos va venir muy bien este cambio», me dijo hace treinta y cinco años. Le seguí, enamorada, sin dudarle ni un solo instante. Atrás quedaba nuestro pequeño pueblo natal, nuestras familias, nuestros amigos de infancia... Alquilamos una pequeña furgoneta y nos llevamos las pertenencias más importantes. Ropa y cacharros de la cocina, básicamente. No miré atrás ni por el retrovisor de la furgoneta. La ilusión de emprender esta nueva aventura junto a mi marido era tal, que apenas me despedí de muchas personas que formaron parte de mis días de niñez. Con el paso del tiempo alguna amistad se deterioró; lo supe la primera

vez que volví al pueblo desde la gran ciudad. El corazón me palpité de prisa al ver que una persona especial giró la cara y me evitó al cruzarme por las calles del pueblo. Quizás se ofendió por faltarle una explicación, una despedida cordial, o por el simple hecho de que esta persona no tuviera el valor de admitir que no era capaz de emprender un viaje como el que hice yo.

Ahora, nada de todo esto importa.

Hemos llegado al cementerio.

Basil le paga la carrera al taxista. Amalia y yo nos bajamos de los asientos traseros del coche.

Apenas hay diez personas esperando nuestra llegada.

Hay algo bueno y algo malo en todo esto.

A pesar de llevar en esta ciudad algo más de treinta y cinco años, nos han tratado de forasteros; «los del pueblo», nos llamaban. Apenas hemos hecho buenas amistades. Y las buenas amistades que teníamos quedaron en el pueblo, y se fueron perdiendo con el paso del tiempo.

Nuestros amigos Basil y Amalia han llegado desde el pueblo para despedir a mi marido. El que siempre fue su fiel amigo. Basil y Alberto eran grandes amigos y, a pesar de la distancia, jamás dejaron de tener contacto. Tenían un momento en concreto de un día de la semana, en el cual se llamaban y hablaban durante horas. «El rato de los chicos», le llamaba yo a ese momento.

El taxi se va.

Me acerco a las personas que nos esperan delante de la vieja reja negra del cementerio. Me dan el pésame y besos en las mejillas. Nos adentramos en el cementerio hasta llegar justo delante del lugar donde mi marido quedará descansando para siempre.

El cura empieza a hablar. Quedamos todos en silencio.

La lluvia nos moja las ropas oscuras. La fuerza del viento hace que el momento sea de lo más triste y complicado para todos nosotros.

Solamente quiero que este día horrible termine, e irme de vuelta a mi casa.

Creía que el momento más terrible de esta situación sería el de ver cómo ponen su preciosa caja dentro de ese pequeño y rectangular espacio.

Me equivoqué.

Pongo la llave en la cerradura de mi casa y abro la puerta. Ando por el pasillo hasta llegar a la habitación. El simple hecho de verlo todo descolocado me derrumba emocionalmente. Me siento en el borde de la cama, y mi mirada se queda fija en el interior de su armario. Veo sus camisas, sus pantalones bien colgados, un par de corbatas... y rompo a llorar, una vez más.

Amalia, que esperaba junto a su hermano Basil en el salón, viene a mi habitación y se sienta a mi lado en el borde de la cama, encima de la colcha arrugada.

—Hemos estado pensando, Basil y yo, que no te conviene estar sola. Aquí, en tu casa, con sus recuerdos... en esta ciudad tan grande —y añade—. Vente al pueblo con nosotros.

—Esta es mi ciudad, mi vida, mi lugar. Alberto quería vivir aquí.

—Alberto ya no está, Maia. Siento tener que decírtelo así —me dice, con la mirada fija en el suelo.

La miro con los ojos llorosos y le digo:

—Me vendrá bien estar con vosotros, pero solo me quedaré una temporada. Y luego volveré.

—Me parece bien —dice con una tímida sonrisa.

Nos sentamos los tres en el sofá, con la mirada perdida y el televisor apagado.

—No soporto este silencio —les digo a mis amigos.

—Pues vayamos a cenar —dice Basil, levantándose del sofá.

Le seguimos, sin rumbo, sin actitud, sin ilusión... calle abajo. Por el camino, a no sé qué lugar, Basil intenta conversar con nosotras, y nuestro silencio hace que realmente parezca un monólogo. Habla y habla sin parar.

La lluvia nos ha dado una tregua, y pasear bajo las nubes oscuras ayuda a sentirse algo mejor que unas horas atrás.

Adoraba este barrio: sus calles transitadas, sus aceras anchas, sus carriles de bicicleta, las tiendas a cada

paso, el sonido del aviso de la luz verde de los semáforos de los peatones al cruzar... Hoy me parece el lugar más fúnebre, deprimente, vacío y superficial que haya visto en mi toda mi vida.

«¿Cómo he podido cambiar, de un día para otro, la manera de ver este lugar?», me pregunto confundida, al darme cuenta de mis bruscos cambios emocionales.

Basil decide entrar en un pequeño bar de tapas unas calles más abajo del bloque donde Alberto y yo vivíamos en armonía. Abre la puerta y nos deja pasar.

—Primero las damas —nos dice, intentando sacarnos una sonrisa; aunque su esfuerzo es del todo inútil debido a la situación.

Nos atienden muy amablemente, y en pocos minutos tenemos encima de la mesa unas ricas tapas calientes y tres copas de vino tinto.

Les pido disculpas a mis amigos, y me levanto de la silla para ir al aseo.

Me miro en el espejo.

No sé si será por el agotamiento de llevar tantas horas despierta, por el hecho de tener que enfrentarme a la soledad o por mi edad. El caso es que me veo horrosa, cansada, vieja, apagada... «Tienes sesenta años, Maia», me digo a mí misma, dándome una respuesta a la pregunta de mi aspecto envejecido, frente al espejo del baño del bar. Abro la cremallera del bolso y saco el pintalabios. Me repaso el color del pintalabios una vez más.